

Dossier

**Ideas y figuras
de la izquierda
argentina**



Simón Radowitzky, el anarquista vindicador de origen ucraniano, y Salvadora Medina Onrubia, la poeta, dramaturga y periodista ácrata, representan caracteres muy distintos, casi polares, aunque están unidos por una curiosa comunión, por una serie de afinidades electivas que van mucho más allá de la coincidencia de sus credos libertarios. Simón es la figura misma del inmigrante ruso, el trabajador manual autodidacta, el anarquista que lleva una vida sencilla, austera, frugal, en un conventillo de Buenos Aires. Salvadora, hija de inmigrantes de una posición algo más acomodada, podrá estudiar en un colegio de excelencia, destacarse pronto como periodista y escritora, vincularse a la élite intelectual y política a través de su marido, el dueño del diario *Crítica*, forjándose desde muy joven —no sin costos, por supuesto— el tipo de la mujer moderna y emancipada. Tras la imagen del temible vindicador ruso, del fanático que resiste las más aberrantes torturas, nos encontraremos con un hombre sensible, tierno, casi frágil, comparado con el temperamento arrollador de Salvadora, dominante, corporal, la mujer que podía alternar la vida mundana con la solidaridad genuina hacia sus compañeros de ideal. A él se lo llamó “el Santo de Ushuaia”, a ella, la “Venus Roja”. Estas catorce cartas de Simón a Salvadora constituyen un testimonio precioso de esa curiosa relación entre dos seres tan distintos, que apenas se han visto personalmente una vez, pero que al mismo tiempo están fuertemente unidos por una intensa hermandad espiritual.

Anarquismo y teosofía

Simón Radowitzky y Salvadora Medina Onrubia

Poco antes de morir, en su última intervención pública, Salvadora Medina Onrubia escribía: “Soy ya una mujer vieja y como todos los viejos, me voy quedando sola”. Recordó entonces que cuando llegó a Buenos Aires desde la localidad entrerriana de Gualleguay, era “demasiado joven aún” y estaba “demasiado llena de emoción sentimental por nuestro compañero y nunca bien reverenciado Simón Radowitzky”. Anunció que de su “kármica milenaria vinculación” con él hablaría “a su tiempo”, mientras que “sus recuerdos, incluso su ‘polín’ n° 155 – T.I.XX, llenan hoy mi cuarto”.

En verdad, Salvadora Carmen Medina Onrubia no había nacido en Gualleguay sino en La Plata, Provincia de Buenos Aires, el 23 de marzo de 1894. Hija de inmigrantes andaluces, sus padres pudieron brindarle una buena educación en el Colegio Americano de Buenos Aires, dirigido por la pedagoga Sara Chamberlain de Eccleston. Cuando murió su padre, Ildefonso Medina, se instaló con su hermana Carmen y su madre Teresa Onrubia en Gualleguay, Pcia. de Entre Ríos, donde ésta dirigió una escuela-granja en el vecino pueblito de Enrique Carbó. Entre 1910 y 1913 Salvadora ejerció como maestra en una escuela rural de Entre Ríos, iniciándose simultáneamente en el periodismo en *El Diario* de Gualleguay y enviando colaboraciones a las revistas *Fray Mocho* y *PBT* de Buenos Aires. De su relación con el abogado entrerriano Pérez Colman había nacido en 1911 su hijo Carlos (“Pitón”), cuando ella tenía apenas 16 años, y que asume como madre soltera.

En 1914 llega a Buenos Aires, y acude a la redacción del periódico anarquista *La Protesta*, donde ya había publicado algunas colaboraciones. Allí la recibe Sebastián Marotta “con su corbata negra voladora, que era entonces símbolo de bohemia y anarquismo”, y acepta tomarla como redactora renta-

da. El 1° de febrero de ese año Marotta le pide su primera intervención pública: es un acto callejero que organiza la Federación de Obreros Bonaerenses por la libertad de Simón Radowitzky. “Tenía para eso que subirme a una ventana que estaba altísima, y entre Sebastián Marotta y Martínez Paiva —otro de corbata voladora—, me ayudaron a subirme. ‘¿Y ahora qué digo?’ —le pregunté a Martínez Paiva. —‘Decí lo que se te vaya ocurriendo’, me contestó. Y todo salió bien. La fotografía de este acto la vi en mi prontuario y la tenía yo recordada de **Carasy Cardas**. Al cabo del acto, como no podía yo bajar, me ayudó nuevamente Marotta” (Medina Onrubia, 1971: 47-48).

Simón Radowitzky estaba preso desde 1909 por haber atentado contra vida del Jefe de Policía Ramón L. Falcón. Había nacido en Stepanitz, un pueblo cercano a la ciudad de Kiev, en Ucrania, un 10 de noviembre de 1891 (según otras fuentes, el 10 de setiembre). Hijo de una humilde familia judía ucraniana, a los diez años se vio obligado a abandonar la escuela para trabajar en un taller mecánico. A los 14 años toma parte en la primera huelga. Herido por un sable en el pecho, debe guardar cama por seis meses. Otra vez, detenido mientras distribuía volantes, es condenado a cuatro meses de prisión. Cuando estalla la revolución rusa de 1905, Radowitzky, que no tiene todavía 15 años, es designado secretario del soviet de su fábrica en Kiev. Cuando sobreviene la represión, se exilia para evitar la deportación a Siberia. Quiere viajar rumbo a América del Norte, donde se instaló su familia, pero finalmente arriba a la Argentina en marzo de 1908. Se dirige a Campana, Pcia. de Buenos Aires, donde trabaja como mecánico en los talleres del Ferrocarril Central. Pero pronto regresa a Buenos Aires, donde encuentra trabajo como herrero y mecánico, y lee la prensa anar-

quista, particularmente **La Protesta**. El 1° de Mayo de 1909 está entre la multitudinaria manifestación de trabajadores concentrada en la Plaza Lorea, violentamente reprimida por la policía al mando de Falcón. El 14 de noviembre de 1909, en represalia por la represión policial que había costado ocho muertos y 105 heridos, arrojó una bomba que terminó con la vida de Falcón y la de su ayudante Juan Alberto Lartigau, que viajaban en un coche tirado por un caballo. Corre, los transeúntes lo persiguen para lincharlo. Intenta suicidarse disparándose un tiro en el pecho, pero la policía logra detenerlo con vida.

Esa misma noche el poder ejecutivo decretó el estado de sitio por dos meses, desatándose una fuerte represión contra los sindicatos y la prensa obrera. Radowitzky no es condenado a la pena de muerte cuando se descubre que es menor de edad, pero es sentenciado a prisión perpetua y poco tiempo después deportado al temible penal de Ushuaia. Sufre allí indecibles torturas, castigos y vejaciones, pero su capacidad de resistencia, su temple y su nobleza lo convierten en seguida en una figura respetada y querida incluso por los reos más bravos del presidio. A la imagen heroica del vindicador, sumará ahora desde la cárcel la figura estoica del resistente. Los anarquistas lo han tomado como un símbolo y todos sus órganos, desde **La Protesta** hasta **La Antorcha**, hacen intensa campaña por su libertad. A lo largo de 21 años de prisión, su nombre se había convertido en un emblema del “anarquismo vindicador”: los payadores lo homenajaban, los anarquistas italianos entonaban en las calles un estribillo que se hizo célebre: “*E morto Ramón Falcone, ¡massacratore! / E viva Simón Radowitzky, ¡vindicatore!*”.

Salvadora se va a transformar en seguida en el nervio de esta campaña, primero desde **La Protesta**, luego desde el diario **Crítica**. Es que a principios de 1915, la joven periodista busca entrenar su drama anarquista y es presentada a Natalio Botana, el mítico fundador del diario **Crítica**. Según testimonio de su hijo, “Salvadora de 22 años era bellísima, muy blanca y pelirroja... Natalio se enamoró de ella con sus inéditos poemas y la obra de teatro” (Botana, 1977: 26). Botana dio su apellido al hijo mayor y tuvo con ella otros tres hijos —Helvio Ildefonso (“Poroto”), Jaime Alberto (“Tito”) y Georgina (“La China”)— hasta que, finalmente, transigiendo con sus principios, en 1919 Salvadora aceptó casarse legalmente. Entre tanto, jugó un papel clave en el popular e influyente diario de Botana, contribuyendo a que sus páginas se abrieran a innumerables campañas políticas vinculadas al anarquismo, como la conmutación de la pena a los anarquistas italo-norteamericanos Sacco y Vanzetti, la liberación de Simón Radowitzky o más tarde la de los Presos de Bragado.

En enero de 1928, cuando no ha cesado en su campaña a favor de Simón, cuando es una autora teatral y periodista reconocida, cuando **Crítica** está en el apogeo de su poder, sobreviene en su vida la tragedia. Su hijo Pitón, de 17 años, se suicida después de una áspera discusión con su madre. Sumida

en una profunda depresión, emprende con su familia un viaje a Europa, busca amortiguar el dolor con la morfina y con el éter, busca un sentido más allá de la muerte a través de la teosofía y al espiritismo.¹ A su regreso del viaje, publica un testimonio de su dolor: el poemario **El misal de mi yoga** (1929).

Desconsolada, pareciera que sólo tiene fuerzas para retomar la campaña por su protegido encarcelado, como si la libertad de Simón la consolara por la muerte de Pitón. Su hijo tenía 17 años cuando se suicidó. Simón tenía 17 años cuando decidió frustrar su juventud para vengar a los obreros de Plaza Lorea.

Según el testimonio de “Poroto” Botana, Salvadora “teñía medias de lana para enviarlas a Radowitzky a Ushuaia, con quien mantenía correspondencia. Ella fue quien financió su intento de huida del penal, organizado y llevado a cabo por otro anarquista, Apolinario Barrera”². Paralelamente, según el mismo testimonio, “Salvadora odiaba a Falcón. Lo describía como un monstruo” (Botana, 1977: 57).

En la versión teosófica de su vida que plasmó en su novela aún inédita **Los claveles rojos**, Salvadora narra que había conocido personalmente a Falcón. Al morir su padre, el militar se habría convertido en una suerte de protector de Teresa Onrubia: la habría ayudado a llegar a ser directora de la escuela de Carbó, llegando incluso a facilitarle dinero para pagar los sueldos a las maestras cuando se atrasaban las partidas del Ministerio. La niña, evidentemente, sintió un íntimo rechazo ante los afanes protectores del militar sobre su madre, pues según su relato, apenas Falcón traspuso la puerta de su casa, Salvadora sintió “tal horror kármico por él” que lo instaló en la base de su novela. Incluso relata que un año antes de su muerte a manos de Radowitzky, cuando ella tenía apenas catorce años, tuvo un presagio: soñó con su muerte des- trozado por una bomba...³

En cambio, a lo largo de dos décadas, cobra creciente peso en la vida de Salvadora su vínculo con Radowitzky, a quien no conocía personalmente, pero se sentía unida a él a través de un vínculo kármico: “Mi veneración por Radowitzky enraiza en el tiempo de las pirámides de Egipto. En mi novela lo llamaré Aglamóé” (cit. en Barrandeguy, 1997).

A fines de la década de 1920, la campaña por su libertad se había extendido a amplios sectores políticos y de la opinión pública. Radowitzky salió finalmente en libertad, después de 21 años de prisión, en abril de 1930, indultado por el presidente Hipólito Yrigoyen. Según Poroto, “Salvadora se había declarado yrigoyenista y había conseguido el indulto a Simón Radowitzky...” (Botana, 1977: 57).

El 14 de mayo de 1930 arriba desde Ushuaia en un barco de la Armada, pero las autoridades no le permiten desembarcar en Buenos Aires, donde finalmente iba a conocer en persona a su Salvadora. Un “vapor de la carrera” lo lleva a Montevideo, donde lo esperan sus camaradas anarquistas y numerosos periodistas. Radicado en esa ciudad, trabaja como mecá-

- 1 En el testimonio citado de 1971, habla de “la teosofía a que me llevó la muerte de Pitón” (Medina Onrubia, 1971: 51). Sin embargo, el pensamiento teosófico ya aparece con claridad en su novela **Akasha**, de 1924.
- 2 En verdad, este hecho es muy anterior: el 7 de noviembre de 1918, ayudado por Barrera, Radowitzky protagoniza una novelesca aventura huyendo del penal en un velero, pero es detenido por la policía chilena en Punta Arenas y repatriado. V. el relato reconstruido por Bayer (op. cit. *infra*, en referencias bibliográficas). Barrera, hombre de confianza de Botana, y sobre todo de Salvadora, luego trabajará en **Crítica**, llegando a ser intendente del edificio. 2001: 12).
- 3 Álvaro Abós se pregunta: “Lo soñó tal como fue, antes de que sucediera. ¿Cómo es posible que una niña soñara con el jefe de policía?” (Abós, 2001: 12).

nico, vive en una pensión y participa en diversas actividades con sus compañeros de ideas, como el tipógrafo Roberto Cotelo o la familia Fabbri: Luigi Fabbri, su esposa Bianca y su hija Luce, también exiliados, en este caso de la Italia de Mussolini. “Yo también —recuerda Luce— era aquí una ‘recién llegada’ y estaba tratando, con mis padres, de superar lo más rápidamente posible el período, ineludible, de la aclimatación espiritual. Simón vino a vernos con unos compañeros en los primeros días de su estancia en Montevideo. Y en seguida fuimos amigos” (Fabbri, 1998: 105).

Entre tanto, en Buenos Aires se produce el golpe de estado de setiembre de 1930, al que Simón no había sido del todo ajeno, pues el indulto presidencial había fortificado aún más la reacción militar contra Yrigoyen. Apenas enterados los anarquistas del Uruguay que volvía a aplicarse en la Argentina la Ley de Residencia, apelaron a la antigua tradición de ayudar a los deportados a bajar del barco en la escala de Montevideo. Simón Radowitzky integró entonces el “Comité contra los dictadores de América”. Pero más proclive a la acción directa que a la figuración en comités, “tomó —según el testimonio de Luce Fabbri— la iniciativa más sencilla y eficaz: en unas lanchas, él y unos cuantos compañeros más rodearon al buque atracado en un muelle del puerto y treparon a bordo, obligando al personal desprevenido a abrir los camarotes cerrados con llave y a dejar salir y desembarcar a los detenidos” (Fabbri, 1998: 107).

Su amiga Salvadora también estaba en aprietos. Es que si bien el diario *Crítica* había abandonado su yrigoyenismo, apoyando activamente el golpe militar, en mayo de 1931 el diario fue clausurado por el gobierno de facto del Gral. Uriburu. Tanto Salvadora como Natalio Botana fueron encarcelados durante tres meses. Desde la Cárcel del Buen Pastor, donde se la recluyó, Salvadora redactó e hizo publicar un folleto contra la dictadura militar: “Uriburu: el principio de una contribución a la historia” (1932). Una vez en libertad, Natalio y Salvadora partieron nuevamente con sus hijos a Europa, previo paso por Montevideo. Allí se conocieron y hablaron largamente Simón y Salvadora.

En marzo de 1933 los comunistas convocan a todas las izquierdas a la realización del Congreso Antigüerrero de Montevideo. Simón es ovacionado por los delegados y elegido para la mesa de la presidencia, pero se retira en disidencia conjuntamente con la delegación anarquista formada, entre otros, por Luigi Fabbri, Roberto Cotelo y Hugo Treni. Este período de reconocimiento público y libertad de movimientos iba a durar poco en la vida de Radowitzky: otras prisiones lo esperaban. El 31 de marzo de 1933 se produjo el golpe de estado de Gabriel Terra: fue el inicio de un trabajo de edición de volantes clandestinos contra la dictadura que emprendió Simón junto a sus compañeros Virgilio Bottero y Carlos M. Fosalba. A fines de 1934 es detenido y deportado a la Isla de Flores, frente a Carrasco, donde han concentrado a todos los políticos opositores. Defendido por el abogado y escritor socialista Emilio Frugoni, es finalmente liberado a fines de junio de 1936.

Aquí comienza la correspondencia de Radowitzky con Salvadora que disponemos y transcribimos a continuación. El primer texto (I) está escrito en el reverso de una foto enviada desde la Isla de Flores. Simón sale en libertad, después de 19 meses de encierro, el 29 de junio de 1936. El 1° de julio le escribe a su protectora desde Montevideo (II), feliz de su libertad, orgulloso de la defensa de Frugoni y del dictamen del Juez Pitamiglio Buquet, a pesar de que la vigilancia policial

persiste. Vive en casa de su amigo Roberto Cotelo y quiere trabajar en una carpintería. Las cartas II a VIII son testimonio de su vida en Montevideo, de su voluntad de trabajar y vivir junto a sus amigos de ideal. Pero el estallido de la guerra civil en España lo convoca otra vez a la acción. En julio de 1936 recibe en Montevideo la visita de Rodolfo González Pacheco, que también buscará un puesto de lucha en la España revolucionada. Es el dramaturgo y periodista de *La Antorcha* que también había batallado por su libertad.

Radowitzky parte finamente a España en 1937 para combatir como voluntario en la guerra civil, peleando primero durante diez meses en el frente de Aragón. Luego de una internación, debe replegarse a la retaguardia, colaborando con la Sección Propaganda de la CNT-FAI en Barcelona. Las cartas IX y X son testimonio de su fe en la victoria contra el franquismo, aunque puede leerse entre líneas cierta conciencia de que la revolución ha quedado irremediablemente aislada. Simón, que sabe ponerle el pecho a la adversidad, pondrá la ética revolucionaria allí donde falle la política: “mientras haya unos antifascista en pie, pelearemos”.

Con el avance de las tropas franquistas, Simón abandona esta ciudad en 1939, contribuyendo a trasladar a Francia el archivo de la CNT-FAI. Aquí es nuevamente detenido e internado en el campo de concentración de Saint Cyprien. Se escapó, lo detuvieron, y volvió a escaparse, logrando llegar al París ocupado, donde sus compañeros pudieron sacarlo para Bruselas. Desde esta ciudad escribe la carta XI, donde le dice a Salvadora que se ha convertido en el “judío errante”. Su amiga le envía 8000 francos para costear su viaje a México, el punto accesible más próximo para el reencuentro con su madre y sus hermanos, que viven en los Estados Unidos.

Desde Bélgica partió en un barco, como turista, rumbo a la ciudad de México, donde se puso al servicio de la Sección Internacional de Ayuda a los Refugiados. Allí se nacionalizó mexicano, adoptando el nombre de Raúl Gómez Saavedra. Desde esta ciudad dirige a Salvadora las cartas XII, XIII y XIV, donde habla de su vida sencilla en México en compañía del escritor Ángel Falco y otros amigos anarquistas, de su nostalgia por la Argentina, del deseo de llegar a los Estados Unidos para volver a ver a su madre. Pero, con nostalgia y todo, el fin de su errancia parece hacerlo feliz. Disfruta de los gestos mínimos que revelan que, finalmente, ha arraigado en algún territorio y es reconocido como alguien del lugar. Así, le cuenta a Salvadora que asiste cada noche con Falco al café “La Parroquia”, donde los mozos —seguramente ignorantes de su historia— han aceptado su nueva identidad, diciéndole con toda naturalidad a Falco cuando entra al café: “Raúl no ha llegado, Raúl está sentado ahí”...

Salvadora sigue siendo, desde donde le escriba Simón, su protectora, su consejera, su hermana del alma. Es esta hermana quien “lo sacó de ilusiones infantiles” (carta V), quien, a pesar de los golpes y las vejaciones sufridas, “le curó el corazón” (carta II). Como un adolescente enamorado, Simón se avergüenza de su escritura “tan incomprensible”, ensaya borradores, “no sé lo que me pasa, me sale todo al revés lo que pienso decirte” (carta VIII). Simón tiene dos anhelos: uno, reencontrar a su madre; dos, volver a ver a Salvadora, compartir una vez más siquiera unos mates. Le envía sus fotos, le pide imágenes suyas, que porta consigo adonde lo lleva su vida de “judío errante”, así como Salvadora conserva sus objetos como fetiches, e incluso muere rodeada de su “polín” (el

gorrito de preso número 151 del penal de Ushuaia) y otros recuerdos que le dio Simón. En este amor intenso no aparece el deseo carnal, por otra parte tan presente en los vínculos de Salvadora. Simón, si bien nunca hace mención de Botana, quiere imaginársela feliz en familia, rodeada de sus hijos y sus nietos, una imagen, por otra parte, que se compadece poco con el retrato impiadoso que de ella trazó su hijo Helvio.

Simón Radowitzky murió en la ciudad de México un 26 de febrero de 1956 (según otras fuentes, el 29 de febrero y según otras, el 5 de marzo), a los 65 años, de un ataque cardíaco. Compartía una pieza de pensión con su compañera y trabajaba en una fábrica de juguetes.

Salvadora, tras las elecciones que llevaron a la presidencia argentina al Gral. Agustín P. Justo, había concluido su segundo periplo europeo y regresado a Buenos Aires en febrero de 1932 para colaborar con Botana en el relanzamiento de **Crítica**. Quedó a cargo de su dirección cuando su marido murió en un accidente automovilístico en agosto de 1941, debiendo enfrentar en los años siguientes una serie de procesos judiciales y clausuras que terminaron por hacer sucumbir al diario. Opositora al gobierno militar surgido con el golpe de junio de 1943 y luego al gobierno peronista, Salvadora dirigió desde **Crítica** una carta abierta a Eva Perón (17/6/1947) que agudizó aún más el enfrentamiento, hasta que en 1951 el diario fue intervenido por el gobierno de Juan D. Perón y luego confiscado. El libro **Crítica y su verdad** (1958) es su amargo alegato sobre la confiscación del diario. Murió pobre y marginada, un 21 de julio de 1971 en la ciudad de Buenos Aires, rodeada de los objetos de Simón, y esperando, según contó poco tiempo antes, reunirse en el Devachan, el cielo de los teósofos, con los amigos que la esperaban: Marotta con su corbata voladora, Simón “sin corbata negra pero con ‘polín’”, Apolinario Barrera, González Pacheco, Teodoro Antillí, Miguel Arcángel Rosigna y Severino di Giovanni... hasta que “según el Karma, volvamos juntos a seguir luchando por la redención humana” (Medina Onrubia, 1971: 51).

PS. Las catorce cartas de Simón Radowitzky que se transcriben a continuación fueron proporcionadas al CeDInCI en el año 2000 por Alicia Villoldo, viuda de Tito Botana, junto a otras cartas y documentos que pertenecieron a Salvadora Medina Onrubia y a Natalio Botana. Fueron transcritas por Adriana Petra teniendo los manuscritos a la vista. Se respetó la sintaxis de Radowitzky, corrigiéndose mínimamente la ortografía y añadiendo algunas comas y tildes, al solo efecto de facilitar la lectura. En todas las ocasiones en que los editores decidimos insertar alguna expresión para hacer más comprensible una sintaxis que podía resultar confusa para el lector, aparece entre corchetes. Damos a conocer estas cartas con la esperanza de que sirvan de estímulo y puntapié inicial para la confección de un **Epistolario** de Radowitzky. Sabemos que hay otras cartas suyas en el Fondo Abad de Santillán y en el Fondo Luce Fabbri, ambos depositados en el IISG de Ámsterdam; seguramente podrán hallarse otras entre los papeles de Emilio Frugoni en Montevideo y en los principales archivos anarquistas del país y del mundo.

H.T.

Bibliografía

- Abad de Santillán, Diego (1927), “Simón Radowitzky, el vengador y mártir”, Buenos Aires, FORA.
- Abós, Álvaro (2001), “La Venus Roja”, en **Todo es Historia** n° 408, Buenos Aires, julio 2001: 6-29.
- Barranteguy, Emma (1997), **Salvadora. Una mujer de Crítica**, Buenos Aires, Vincigerra.
- Bayer, Osvaldo (1975), **Los anarquistas expropiadores, Simón Radowitzky y otros ensayos**, Buenos Aires, Galerna.
- Botana, Helvio I. (1977), **Memorias. Tras los dientes del perro**, Buenos Aires, Peña Lillo.
- Escales, Vanina (2003), “La Anarquía como transgresión”, en **El Libertario** n° 53, diciembre de 2003: 9.
- Fabbri, Luce, (1998), “Simón Radowitzky en el Uruguay”, en **Luce Fabbri, La Libertad, entre la historia y la utopía**, Barcelona, Editorial Virus y otros editores.
- Medina Onrubia, Salvadora (1971), “Sebastián Marotta, compañero y amigo”, en AAVV, **Vida, obra y trascendencia de Sebastián Marotta**, Buenos Aires, Calomino.
- Radowitzky, Simón (1921), “La voz de mi conciencia. Carta a la FORA Comunista, a todos los trabajadores”, Buenos Aires, La Protesta.
- Saïtta, Sylvia, (1990) “Anarquismo, teosofía y sexualidad: Salvadora Medina Onrubia”, en **Mora** n° 1, Buenos Aires, agosto 1990.